

Del conservadurismo realista al inconformismo crítico de la utopía

M. Sánchez Cuesta

Profesor de Filosofía. Universidad Complutense de Madrid.

Hoy es visto lo utópico en el mejor de los casos con recelo. Basta consignar un amplio elenco de datos para entender al punto las razones que avalan semejante rechazo. El pensamiento utópico aparece como una especie de «burlador burlado»: se presenta con el empeño de resolver una situación degradada, donde el ser humano vive alienado, y termina ahogando a aquél más si cabe por mor del plano idealizado e imaginativo en que acostumbra a moverse. Con todo, la gravedad mayor que cabe atribuirle consiste no sólo en dejar las cosas como están, sino en que semejante frustración termina impidiendo de raíz esa acción fáctica a cuyo través podrían adquirir visos de solución los problemas concretos que nos degradan y rebajan de nivel. Abandonarse, por ello, a tan quimérica distracción, equivale a ejercer de sonámbulos en un universo poblado por despiertos conscientes.

El pensamiento utópico, en efecto, ha sido acusado de todo, de irrealizable, de idealista, de ensoñador, de ideológico y hasta de totalitario, ésto sobre todo. Pocas veces parece haberse concentrado tanta artillería para asaltar un objetivo, como en éste de la destrucción de la utopía. De ahí que incluso gnoseológicamente se hayan dinamizado intencionados filtros con el único y cla-

ro empeño de negarlo. Contra utopismo, realismo. O, lo que es igual, llevar a cabo sobre el pensamiento una reducción a fin de que no sobrepase los márgenes de lo concreto, de que ubique su radio de acción en la mera posibilidad estadística. Y, por si todo esto no fuera ya suficiente, se le acusa también de *dilemático*, pues de hacerse efectivo, perdería su utopismo, y de no realizarse, se volverá ideológico, con lo que en ambos supuestos se autonegará.

Así se ha llegado en las últimas decurias a proclamar el finiquito del pensamiento utópico en el convencimiento de prestar un esencial servicio a la humanidad. Nada más acertado para mostrarlo políticamente que el significativo hecho –quintaesencia de otros muchos– del afortunado acabamiento de los fascismos e imperialismos europeos, utopías surgidas del progreso indefinido moderno y empeñadas en convertir *por la fuerza* la vida de los seres humanos en existencias dignas y felices. Dicho progreso, por el contrario, enseñaba ahora su etiqueta de caducidad ante los ojos atónitos del hombre del último tercio de este siglo xx. A lo que hay que sumar la dolorosa realidad de un Tercero y Cuarto Mundos, como las más fehacientes pruebas de que aquel ideal moder-

no era algo a lo que había que renunciar.

De este modo alcanzamos el así denominado *pensamiento único*. En él la *economía* aparece como constitutivo intrínseco de valoración, pues no en vano es considerado el Capitalismo como el estado natural de la sociedad y *las leyes del mercado* como orientadoras y determinadoras del quehacer político universal y de toda actividad individual. Se trata de oponer al pensamiento utópico el pensamiento realista, vale decir, al orden del deber-ser el del ser, a lo ideal lo real. Y en ello estamos. Pues, plegados al orden de los hechos, sólo parecen quedar en juego la competencia individual y la competitividad social, únicos medios que estimulan el crecimiento económico o mejora objetiva y que, a la vez e ininterrumpidamente, promueven la modernización de toda la sociedad.

Sin embargo, conviene acercarnos analítico-críticamente a este modo de pensar a fin de descubrir los aspectos negativos que subsume, que son muchos, destacando entre los mismos, por su gravedad, el de la uniformización de vida y pensamiento.

Veamos, como ejemplo, lo que ha significado el último campeon-

to de la copa del mundo de fútbol. Gracias a técnicas sofisticadas y cada vez más persuasivas se han logrado índices de seguimiento máximos; paralizar o movilizar países enteros; generar frustraciones y euforias colectivas; etc. No dudamos de la estética que entraña ver darse la mano y jugar entre sí de manera limpia a las selecciones nacionales de países políticamente enfrentados como, pongamos por caso, las de USA e Irán; o a selecciones del África profunda con las de países de la Europa más desarrollada. Mas ésto es únicamente fachada. Por debajo, asegurando el evento deportivo, se han barajado multimillonarias cifras económicas, última razón a la postre de su celebración.

El ejemplo puede servirnos de paradigma. Porque, si desde él pasamos a contemplar nuestro actual Estado de bienestar, en el que no hay más alma que la del primado de un frenético consumismo tras habérsenos convencido de que tampoco encontraremos la dicha donde previamente se nos decía que estaba, pronto descubrimos bajo su epidermis de progreso y abundancia, nada menos que parados, hambrunas y miseria. Empero, lo lesivo del pensamiento realista o único reside en la actitud de resignación que nos introyecta ante eventos tan dramáticos, haciéndonos asumir, como precio a pagar, esa suerte de inevitable fatalismo. Y, aunque es verdad que nada se hace por nada, es decir, que toda acción entraña una reacción, una elemental *justicia ética* reclama la compartición *común* de semejantes costos, en vez de hacerlos recaer siempre sobre muy concretas clases de hombres y poblaciones.

Además, la limitación al inter-

vencionismo estatal en favor de la iniciativa privada puede dar la impresión de que introduce una competitividad abocada a indefectibles mejoras. Sin embargo, no conviene perder de vista que el interés económico tomado como objetivo central puede –y de hecho así acaece– volverse en forma de limitación o de utilización egoísta contra los propios servicios básicos que pretendían mejorarse.

Y nada digamos sobre la irresponsabilidad mostrada ante una de las cuestiones más importantes de nuestro actual mundo: la contaminación de su medio ambiente. La indiferencia ecológica sostenida práxicamente por un amplio sector del pensamiento único, se vuelve en muchos casos criminal. Pensemos, por no salir de nuestro círculo más inmediato, en las consecuencias producidas recientemente al romperse la balsa de vertidos tóxicos de la mina de Aznalcóllar, poniendo en serio peligro uno de los ecosistemas más importantes del Planeta. O en el bien conocido y general emponzoñamiento de atmósfera y aguas en múltiples lugares del globo.

A la vista de lo dicho se hace de nuevo necesario recuperar el pensamiento utópico, mas a condición, eso sí, de interpretarlo en sus justos límites, esto es, en calidad del factor de cambio personal y social que siempre fue: aspiración irrenunciable al logro de metas mejores y más justas. Y, consiguientemente, a ser asumido como un pensamiento que, al oponerse a la tiranía de lo real, a la aceptación dogmática del *statu quo*, nos permita superar el inmovilismo que comporta la reiteración permanente de lo dado. El

valor de la utopía reside justamente en su *inconformismo crítico*. Algo ésto propio de nuestra naturaleza procesual y garante así mismo de nuestra dignidad personal.

No se trata, pues, de entender la utopía como una solución global, ideada y alternativa a una conducta individual o a una sociedad. Hoy sabemos bien que ésto no sólo es imposible, sino que, en el caso de que se hubiera logrado, el motor y sostenedor de tal cambio sería la violencia. Si queremos defender nuestra identidad individual y colectiva, únicamente nos resultará factible hacerlo cuando seamos capaces de oponernos a lo existente desde el utopismo de un permanente posicionamiento crítico. Por lo que más que logros definitivos –error de la Modernidad–, siempre tendremos ante nosotros un permanente objetivo a alcanzar.

Lo real, por eso, es mucho más que economía y mercado. Lo real es inagotable posibilidad.

Pero únicamente podremos establecer respecto a ambos la oportuna distancia, cuando seamos capaces de asumir la *esperanza razonable de un deber-ser utópico*. Desde él, entonces, nos cabrá observar la medida humanizadora o deshumanizante de cuanto se nos oferta, y descubrir las cotas de injusticia presentes todavía en una sociedad y un mundo atenidos a principios de libertad y solidaridad, y ser capaces de comprometernos en una praxis transformadora de un presente dibujado como modélico, aunque fuera del mismo queden más de las dos terceras partes de los hombres y mujeres que habitamos la Tierra.